

# Tierras de niebla y miel

Marta  
Abelló



---

Un secreto familiar. Un crimen profetizado.  
Una historia de coraje y destino.

---

Marta Abelló



Tierras de niebla y miel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Marta Abelló, 2021

Autora representada por Editabundo, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: enero de 2021

Depósito legal: B. 21.725-2020

ISBN: 978-84-08-23725-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

*Océano Atlántico, marzo de 1899*

Decidió marcharse el día del eclipse, bajo el influjo de la luna roja. Compró un nombre falso, fingió su muerte y con el miedo en las entrañas huyó de Nueva Orleans. A sus veintitrés años y quebrando su destino, Martina de Icaza regresaba a Cádiz.

La bocina del vapor Montevideo atronó sobre las aguas del Atlántico, tintadas de púrpura al atardecer. La joven, vestida de seda negra y tafetán, aferró con sus manos enguantadas la barandilla de popa. Se sintió observada, sin más certeza que su instinto. Solo estaban ella y aquel mar de duelo dibujando una frágil línea entre el pasado y el futuro.

—Señorita... ¡Si está lloviendo! ¿Qué hace aquí? —Erlinda, su doncella mulata, surgió de entre las sombras y luces de la cubierta de botes—. Ya le he planchado el vestido para la cena. ¡Llevo horas buscándola!

La cotidianeidad ahuyentó su desazón. Toda la audacia mostrada en la huida desaparecía al recordar los dedos fríos de Conrado sobre su cuello, la traición, el infierno.

Sujetó las cintas de su capota de crespón que el viento pretendía arrebatarse y se apresuró hacia las escotillas que conducían a los camarotes de segunda clase.

—¡Ay, señorita! ¡Dígame que no estoy beoda! —El buque escoraba a estribor haciéndoles perder pie.

Huérfana y criada en uno de los hospicios católicos de Nueva Orleans, Erlinda solía contar que las monjitas la encontraron hacía dieciocho años junto a un tonel de miel de caña del muelle y que por eso su piel tomó el color del mar Caribe.

Martina siempre prefirió su compañía a la de otras sirvientas y ahora era su ancla para no desfallecer ante el humillante regreso a la casa familiar. La osadía de abandonar a Conrado traería consecuencias: quizás su padre quisiera obligarla a volver o internarla en un convento; quizás su madre intercediera para evitarlo.

El final de la alfombra de arabescos del pasillo de camarotes les anunció que habían llegado al 201, uno interior de cuatro literas situado en popa que compartiría durante los dieciséis días de travesía con las hermanas Williams, dos viajeras neozelandesas que habían embarcado en La Habana.

Las vibraciones de los motores y los gemidos del buque, más perceptibles en la madrugada, le daban noches insomnes, pero era lo que había podido pagar. Su partida a América fue en una lujosa suite de primera, con vientos a favor durante la travesía y cenas con aristócratas y estrellas del canto; su vuelta, en un oscuro camarote de segunda y el mar enfurecido. Aun así, contaba con un colchón confortable, lavamanos con agua fría y caliente y un timbre eléctrico para llamar al servicio. La libertad no necesitaba ostentación ni toallas de algodón egipcio.

Palpó la limosnera que llevaba a la cintura, allí donde guardaba la cédula de identidad falsa que la identificaba como Catalina Valdivia, viuda, residente en Sevilla. Una máscara para protegerse ante preguntas incómodas. Quisiera Dios que su esposo no descubriera su treta, pero, si lo hacía, aquella cédula despistaría sus pesquisas. Apenas le quedaban unos dólares de plata tras el pago de los pasajes y volvió a contarlos uno a uno, como quien custodia un tesoro.

Descorrió la cortina de su litera y se sentó en ella sujetando entre sus manos la novela que había tomado prestada de la biblioteca del barco, *Juana Eyre*. Acarició la portada color sepia y la abrió por una de las páginas doblada en la esquina superior: «En cierta medida, Dios nos ha concedido el don de labrarnos nuestro propio destino...». Suspiró. Ya no creía en hados ni predestinaciones. Solo en causas y efectos.

—¡Hoy ha caído un hombre por la borda, señorita! —Erlinda se santiguó descolgando del armario un vestido de crepé y muselina negra mientras le daba su parte del día—: Y dos soldados de Cuba están en la enfermería de infecciosos y...

Con el rizador de pelo en la mano, Erlinda parloteaba apremiándola a asearse y vestirse. Señaló con desdén el desorden en las camas de sus compañeras de camarote.

—Son de la mala vida, que se lo digo yo —dijo enrollando un mechón en el tubo caliente—. Dos mujeres que andan más cerca de los cuarenta que de los treinta, que viajan solas y no usan corsé... Y huelen a jazmín, ¡como las prostitutas de Nueva Orleans!

Martina cabeceó riendo:

—Son intelectuales, Erlinda. Mujeres listas que viajan por el mundo.

Indiferente a las vidas y cuitas de sus pasajeros, el veloz vapor de la Compañía Trasatlántica surcaba el océano a catorce nudos. Bajo los truenos que rugían impassibles, enfrentó la intensa lluvia que comenzó a azotar sus tres cubiertas.

Erlinda salió hacia el comedor de tercera con los emigrantes y sirvientes. Martina hacia el de segunda, donde compartía mesa con las Williams y una familia de Barcelona. Los zapatos le apretaban como si quisieran detener sus pasos; más aún cuando creyó oír la risa de Conrado dentro de un camarote y ver su rostro en un camarero de piso que la saludó al pasar.

Se dio prisa en las escaleras que conducían al comedor y se detuvo ante las puertas batientes, tras el trajín de platos y voces confusas. Rebuscó en su bolso de mano un botecito de sales y aspiró para recuperar el valor, el mismo que la había sacado del vacío. El buque chirrió, inclinándose a babor, y se sujetó a la barandilla metálica, paralizada por el vértigo en su estómago al imaginar la furia de Conrado exigiendo que buscaran su cuerpo en el Misisipi, blasfemando ante la escueta nota en la que Martina anunciaba su decisión de terminar con todo.

El lamento del Montevideo atravesando la tormenta la llevó de regreso a su huida por las calles heladas de Nueva Orleans, aterrada porque había llegado la hora. Tuvo que retrasar sus primeros planes a causa de la extraordinaria ventisca helada que azotó la ciudad: en sesenta años no se había visto temporal igual. El día de San Valentín se alcanzaron los cator-

ce grados bajo cero y ocho centímetros de nieve cubrieron las calles en un atípico Mardi Gras. La flota quedó amarrada a puerto y su evasión quedó truncada: los vapores corrían el riesgo de sufrir averías en su maquinaria por los pequeños icebergs desprendidos de un Misisipi congelado desde su cabecera hasta el golfo de México. Todos los estados de la Unión sufrieron lo que las crónicas llamaron la Gran Ola de Frío, que llevó a Minnesota a alcanzar los cincuenta y nueve grados bajo cero.

Todo se heló, como su propia vida.

Su exultante llegada a aquella hermosa casa de la calle Bourbon, un edificio de ladrillo español, altos techos y grandes ventanales como bocas de fiera, pronto quedó eclipsada por el carácter voluble y colérico de Conrado Lefebvre, por sus escapadas a los antros de Baton Rouge. La paz en el hogar se mantenía con regalos y promesas, con arrepentimientos que para Martina eran falsas monedas.

Tal vez se hubiera resignado con alguna migaja de amor; tal vez hubiera acatado el consejo del padre François de no reprender sus faltas, de asumir las propias, de olvidar la posibilidad de un divorcio que la condenaría por siempre. Pero cuando apareció aquel hombre en sus vidas, cuando resquebrajó la vida de Martina como un espejo, de parte a parte, decidió abandonar aquel infierno, así se congelara como Nueva Orleans. Y huyó para esconder la pena y la humillación, para liberarse de un secreto que a nadie podría revelar jamás.

El padre de Martina, que tras la boda aún andaba por los cafés de Cádiz pavoneándose del buen matrimonio de su hija, que emparentaba a los de Icaza con los Lefebvre de Jerez, le había asegurado una vida fácil, prestigio, riqueza y buenas amistades con lo más granado de la sociedad española y francesa en Nueva Orleans. Demetrio de Icaza no contó con que su buena fortuna, leída en sus manos por una gitana en el parque Genovés, se desmontaría como un castillo de naipes.

Y ante el fuego de la sala, con el frío rodeando aquella casa que sentía prisión, esperó librando la batalla entre lo correcto y lo osado hasta que la aguja pinchó su índice manchando su labor con una pequeña perla carmesí. Se la entregó a Mammy Dorothea para que la limpiara y contó con los dedos los diez

días que ya habían pasado desde la partida de Erlinda. La doncella, que se había despedido para seguir a Martina en su huida, la esperaba en una pensión cercana al puerto donde trabajaba una de sus antiguas compañeras del hospicio. Sus contactos con buscavidas le permitieron vender su sortija de esponsales, disponer un baúl con ropa y enseres para el viaje y conseguir una nueva cédula de identidad que eliminara piedras de su camino.

Conrado apenas reparó en la ausencia de Erlinda. Cuando Mammy Dorothea le informó, esputó en la fina escupidera de porcelana de la sala y pensó que la servidumbre era desagradecida por naturaleza. Aquella mulata seguro que se había encaprichado de algún marinero de su tierra.

«Busca otra doncella para mi esposa —le pidió sin levantar la vista del periódico—. Una blanca y confiable, por el amor de Dios.»

Los hielos remitieron, al fin. El termómetro escaló posiciones y el sol reinó de nuevo sobre la Ciudad del Cuarto Creciente. La madrugada en que Conrado partió a Baton Rouge, Martina dejó en su despacho una carta de despedida y subió a la buhardilla a por la limosnera donde guardaba el dinero para los pasajes. Se anudó al cuello una capa oscura, se cubrió con la capucha y salió por la puerta trasera abandonando aquella casa de la calle Bourbon que nunca fue hogar. Los visillos de la ventana de la cocina se entreabrieron para mostrar el rostro sonriente de Mammy Dorothea. Palpaba en el bolsillo de su delantal los diez dólares en billetes nuevos con los que el señor Lefebvre había comprado su lealtad.

La criada salió en busca de uno de los pilluelos del barrio que dormitaban junto a los cubos de basura. Agitó ante él un billete y le ordenó seguir a Martina, que sorteaba aprisa los montones de nieve en las aceras. Cuando la alcanzó en el embarcadero frente a la catedral, vio cómo lanzaba jirones de ropa junto a las gradas de madera que desaparecían en las aguas revueltas y pardas del Misisipi. La perdió de vista tras el alboroto de un grupo de estibadores, pero después, y siguiendo las señas de sus compinches, la vio entrar en una pensión de mala muerte y salir vestida de luto.

Embarcaron en el primer buque que aquel día partía ha-



cia La Habana, y así se lo contó a Mammy Dorothea, quien le dio un pedazo de pan caliente y el billete de dólar prometido. Después, con su letra torpe y redonda, la fiel criada escribió un mensaje al señor Lefebvre.

Desde la pasarela del Montevideo, Martina maldijo los días pasados en aquella ciudad. Regresó a España sin saber que Mammy Dorothea, de sangre de esclavos haitianos, colocó en su limosnera una pizca de tierra de cementerio. Para que el infortunio la siguiera allí donde fuera; por ingrata, por aquella afrenta al señor.